

Lewis Carroll

por **Xavier Laborda** *



Lewis Carroll.

Lewis Carroll es un autor tan conocido y celebrado que cuesta muchísimo imaginar rincón alguno en el que haya suscitado desatención. La fortuna de Carroll merece una explicación cabal. A esto se han dedicado muy concienzudos estudiosos y, ciertamente, mucho han escrito. Ojalá su trabajo les haya deparado placer, porque en lo que respecta al éxito de la empresa explicatoria no puede asegurarse que lo hayan alcanzado.

Pensar en Carroll equivale a pensar en la literatura como fenómeno, como acontecimiento y, a su vez, en la pasmosa eclosión de las obras del autor. Se diría que tenemos buena disposición para maravillarnos, mas no es para menos. Carroll creó a Alicia y el País de las maravillas, donde crece una impensable sociedad de personajes deliciosamente impertinentes, venados, humanamente animales o animalmente humanos.

El sueño: infancia e inconsciente

Esta caterva de caracteres zoomórficos y antropomórficos resulta mucho más curiosa por su armoniosa pertenencia a una sociedad que avanza sobre los rieles vitales de un orden caprichoso, dislocado e ilógico. Sin embargo, el comportamiento de estos seres se impone al sentir del lector como un devenir estrictamente sometido al mejor sentido común.

El país imaginario en el que Carroll introduce a Alicia tiene cortadas las comunicaciones con el estado de vigilia, ya que pertenece al reino onírico. Este reino está modelado por reglas cuya mayor cualidad es su vaciedad o, dicho de otro modo, la obligatoriedad de participar de un juego abierto, indeterminado.



JOHN TENNIEL. LES AVENTURES D'ALICIA. BARCANOVA, BARCELONA, 1990.

¿Con qué elementos propone Carroll que se juegue? El elemento principal es el lenguaje, sin discusión. Nos hallamos ante la experiencia de un lenguaje autónomo, un lenguaje que ignora aquello que se espera comúnmente de él y que no modera su poder. Los personajes pueden conducir la conversación a una cuarta e inexistente dimensión, merced a una lógica aplastante, en todos los sentidos. He aquí la lógica, las paradojas y los recursos de reducción al absurdo, a lo que es tan proclive el autor.

Alegrías de eclesiástico

El autor de *Alicia en el país de las maravillas* es Carroll. Suyas son también las narraciones *A través del espejo* (con la sugestiva Alicia en un macrojuego de ajedrez) y *Silvia y Bruno*,⁽¹⁾ y el poema épico-cómico *La caza del Snark*. Estas obras —entre otras— y aun unas ilustraciones deli-

ciosas salieron de la mano de un autor inexistente.

En realidad, Lewis Carroll es la alegría de un eclesiástico; es la invención de un gris profesor de matemáticas y lógica en la universitaria Oxford. Su nombre es Charles Lutwidge Dodgson (1832-1898). Hombre de docencia y de iglesia —si bien no adquiere mayor orden que el de diácono—, dará cuenta de su vida de célibe tímido y ligeramente tartamudo, entreverando sus obligaciones victorianas de aficiones apasionadas: la fotografía y la inmoderada producción de bromas lingüísticas y acertijos. Su nombre literario responde a este último afán: invierte el orden de sus nombres, esto es, Lutwidge Charles, los traduce al latín con el resultado de *Ludovico Carolus*, y a continuación traslada todo ello a formas inglesas más afines, que son las tan conocidas de *Lewis Carroll*.

Por contra, Alicia existe realmente. Alicia Liddell es la hija de un colega

de Dodgson. Esta niña despierta a Dodgson. Las fotografías que de ella toma destacan de entre todas las que componen su álbum de retratos de niñas. También activa su imaginación y fabula una historia en la que ella aparece como protagonista, para entretener a Alicia y a otras dos niñas, durante una excursión en barca por el Támesis. Y aun parece que se despertaron en Dodgson ilusiones de matrimonio para cuando entrara Alicia en la juventud. La afirmación de este extremo es mera especulación, pero sucede que, cuatro años después del famoso paseo fluvial, su amistad con la familia Liddell sufre un revés irreparable, quién sabe si a causa de la manifestación de su íntima ilusión.

«Dorada tarde que te hizo nacer»

Carroll guarda frescas en la memoria las sensaciones de aquella tarde de julio (corría el año 1862). Rememora en el pasaje que sigue una experiencia cuyo hechizo le persiguió:

«Largos años han transcurrido desde aquella 'dorada tarde' que te hizo nacer, pero puedo recordarla casi tan claramente como si hubiese sido ayer: encima, el claro cielo azul, debajo, el acuoso espejo; la barca, derivando perezosamente por su camino; (...) y las tres anhelantes caritas, ávidas de noticias del país de la fantasía y a las que no se podía contestar con un 'no'; 'cuéntanos una historia, por favor', salido de sus labios tenía toda la inflexible inmutabilidad del Destino».

El hondo sentimiento con que recuerda su vivencia florece en *A través del espejo* con una ensoñación:

«Alicia se olvidó de todo (...) mientras se inclinaba, apoyada sobre la borda de la barca, las puntas de su

Si t'ho vas passar
bé llegint el
DIARI D'UN
JOVE MANIÀTIC...



... JO TAMBÉ SÓC
UNA MANIÀTICA
*encara et
divertirà més*



Uns llibres divertits i formatius, escrits per especialistes en medicina que parlen dels temes que et preocupen (l'enamorament, la salut, la sexualitat, les drogues, els hàbits d'estudi, la SIDA...)

Edicions  BROMERA

DISTRIBUCIÓ: Alacant (511 01 92), Barcelona (318 87 99), València (366 45 85)

LOS CLÁSICOS



HARRY FURNISS. SILVIA Y BRUNO, ANAYA, MADRID, 1989.

pelo revuelto rozando apenas la superficie del agua... y con los ojos brillantes de deseo iba recogiendo, manajo tras manajo, de aquellos deliciosos juncos».

Este párrafo tan fotográfico capta, con tremolante emoción, la fragancia de un instante que rebosa de sensualidad.

El núcleo de la inspiración de Carroll se asienta en el melancólico entretreído de sus deseos. Y desarrolla su expresión con el tonificante material de la sonrisa.

Y las impertinentes reglas del sueño impregnan la fábrica narrativa de fantasía y del inatacable designio de «ser-para-el-juego», esto es, el sino de nacer a merced del juego, que aspira vorazmente a todos (autor, personajes y lector) y guarda obstinadamente el secreto de su reglamento. En consecuencia, ¿qué se experimenta? El vértigo del vuelo.

Carroll permanece por siempre más arropado por sus personajes. Se introduce en la aventura merced a la figura interpuesta del Caballero Blanco, de «suaves ojos azules y cara bondadosa», ser de imagen leal, extravagante y desvalida. Carroll cabalga entre sus personajes. ■

* **Xavier Laborda** es profesor de lingüística de la Universidad de Barcelona.

Notas

1. Entre otras ediciones de *Silvia y Bruno*, se puede disponer de la reciente y excelente de Anaya (Madrid, 1989, 496 pp.). Santiago Santerbás ha traducido, prologado y anotado esta edición de bibliófilo. La obra se compone de dos partes, *Silvia y Bruno* y *Conclusión*, que fueron publicadas en 1889 y 1893, respectivamente. Es el último trabajo de Carroll, y resulta una novela de carácter inclasificable. Despertó más perplejidad que entusiasmo. Es una obra densa en cuyas páginas Carroll pretendió levantar acta de su pensar.